

EL COMERCIO SEGUN FORONDA

JOSE ANTONIO AZPIAZU

Todavía están por hacerse tanto la biografía como una evaluación de la obra de Valentín Foronda. Si ha sido Justo Gárate quien se ha preocupado de seguir en su conjunto la pista de este personaje no es muy extenso el elenco de escritores que le han dedicado el tiempo que realmente se merece. Si exceptuamos los trabajos de Antonio Elorza, José de Onís en cuanto a la etapa americana, y Sidney Smith, la intención que se ha prestado a este escritor es muy corta.

Sin embargo fue mucho más importante, conocido y polémico en su tiempo de lo que el olvido que se ha cernido sobre él nos pudiera hacer sospechar.

Es bastante sintomático que los escritos de Foronda apenas se encuentran en las mejores bibliotecas del País Vasco. Quizá forma una honrosa excepción la Institución Sancho el Sabio de Vitoria, que se ha preocupado de conseguir muchos de los escritos de Foronda, alguno de ellos microfilmado.

Este último dato puede señalar una seria recuperación en cuanto a una verdadera preocupación de los hijos ilustres olvidados, en este caso, de este notable y poco conocido vitoriano.

Pienso de todos modos que estamos lejos de la situación que denuncia el hecho, narrado por el ya mencionado Justo Gárate, de que cuando Smith escribió al director de una biblioteca de Vitoria requiriendo datos sobre Foronda se le respondió que ese personaje era desconocido en Vitoria.

Son muchos los títulos que a este ilustrado pueden atribuírsele: economista, higienista, historiador, pedagogo, político, etc. Antonio Elorza lo considera como el Codorcet español. Para dar un mero dato ilustrativo del mundo en que se movía y las dotes que se le señalaban diremos que en su estancia americana llegó a tener una verdadera amistad con Thomas Jefferson, presidente de la recién constituida Estados Unidos de Norteamérica, quien se confesaba admirador suyo y con quien mantuvo correspondencia.

Centrándonos en su vida y obra veremos cómo el desconocimiento mostrado en nuestro tiempo no puede atribuirse a la falta de interés de muchos aspectos de sus libros y artículos. Probablemente el olvido a que fue sometido después de muerto se debió a sus posturas enérgicas, a su actitud polémica, idealista y consecuente con el ideario de los grandes pensadores de su siglo.

Es probable que muchos compañeros suyos no tuvieran el talento entero y tenaz de Foronda, quien, fiel a las aspiraciones sociales que deseaba ver implantadas en su tierra, abandonó la seguridad tanto material como personal en aras de la defensa de los principios que defiende en sus escritos.

El hecho de que vendiera los bienes de su mayorazgo y los perdiera en empresas tan progresistas en su época como el Banco de San Carlos o las conocidas Compañías de comercio, o simplemente que su ardor en la defensa de la Constitución le llevara a la cárcel, ya en la vejez, nos hace sospechar que fuesen lógicos muchos choques con algunos «caballeritos» que, a pesar de su posible y a veces innegable idealismo, no estaban probablemente tan bien dispuestos a poner toda la carne en el asador, como lo hizo Foronda.

Para recorrer rápidamente, a modo de bosquejo, los datos biográficos de nuestro autor, diremos que Valentín Tadeo Echávarri de Foronda nació en Vitoria el 14 de febrero de 1751 y se piensa que a la corta edad de quince años empezó su visita al extranjero, yendo a estudiar a Francia. Con ser la salida de España una de las características de los que querían una educación completa para sus hijos, en nuestro caso será además una especie de «bautismo», por la proyección internacional que va a presidir la vida de Foronda, que viajó por buena parte de Europa y estuvo cerca de diez años en Norteamérica. Se puede decir que era un hombre de miras universales, no sólo por su visión amplia y nada «patrioter» de sus ideas, sino por su vocación de viajero y su curiosidad por lo que ocurría más allá de los Pirineos y en Ultramar.

Esta búsqueda e interés por lo que ocurría fuera de su ámbito no descuidó, antes bien robusteció y dio apertura, a los problemas de su tierra. Precisamente es desde Francia desde donde escribe las preciosas «Cartas de Mr. de Fer», seudónimo que no consigue ocultar un conocimiento no ocasional en unas páginas que denuncian claramente, a pesar de la intención de permanecer desconocido, una preocupación y unos detalles atribuibles con toda claridad a un hijo de la tierra.

En estas cartas Foronda hace unas reflexiones de lo que dice «haber visto» a su paso por las Provincias Vascas y, a pesar de ello, y más bien quizá por ello y por el apasionamiento que se nota en el tratamiento de ciertos aspectos de la vida de nuestros antepasados de hace doscientos años, de los juicios que delatan un vivo interés personal en unos modos de vivir con los que muchas veces se muestra en franco desacuerdo, de las posturas respecto a la hidalguía o al mundo del trabajo, o bien al espíritu más o menos moderno y abierto según las distintas provincias, todas las noticias que nos suministra de primera mano su perspicaz, aunque a veces apasionada, mirada, merecen nuestra atención.

Sabemos también de su paso por Vergara, donde ejerció de profesor en el Real Seminario. De su estancia en Guipúzcoa queda algún documento que trata de sus ideas respecto a problemas médicos, en concreto del debatido problema de la vacunación contra la viruela.

Su estancia en América llena todo un capítulo de su vida. Para Foronda la experiencia debió resultar extraordinaria, aunque muchos de los aspectos de su «pensamiento americano» está intocado en buena parte en los archivos del Estado, en Madrid, debido a su correspondencia oficial, mantenida por razón de su cargo.

Llegó a España, y en un no muy propicio momento. Sus manifestaciones liberales, su participación incluso en proyectos de la Constitución, le acarrearón la cárcel en el año 1814. Liberado en 1820, con la amenaza de que si usaba de sus conocimientos y predicamento para atacar al Gobierno absolutista sería de nuevo encarcelado, murió al poco tiempo, en la calle Linda Chiquía, en Pamplona.

Foronda escribió sobre muchísimos temas. Su curiosidad e interés va desde la arquitectura hasta la filosofía, pasando por la política, la economía, la higiene, etc. Todos estos temas son tratados bajo un punto de vista pragmático, al USO de la Ilustración, cuya preocupación no era tanto la de explicar el mundo cuanto de cambiarlo aplicando criterios racionales.

Incluso la obra filosófica propiamente dicha, la que en algunos ámbitos dio a conocer a Foronda, la traducción de la «Lógica de Condillac», la escribió con una finalidad pedagógica y pragmática: arremeter contra la lógica oficial, cuya escolástica desteñida y absolutizada era oscura, a la par que interesada en mantener cerradas las puertas de la ciencia y la cultura. Hay que tener por otra parte en cuenta que esta tarea la emprendió Foronda en una época en que significarse políticamente o culturalmente con talante avanzado era claramente peligroso: la amenaza de la revolución de la odiada nación francesa no permitía devaneos intelectuales con la causa del vecino país por parte del Gobierno.

Uno de los puntos básicos y más queridos dentro del pensamiento de Foronda es el comercio. Su importancia es capital; la grandeza de las naciones, el aumento de población, la felicidad de los pueblos, depende del comercio.

No en vano dedica el primer gran apartado de su MISCELANEA al tema «sobre la honrosa que es la profesión del Comercio»: trata de luchar contra una mentalidad de la nobleza, que considera este oficio denigrante, y hace un panegírico que lo eleva a la categoría de solución de los problemas de una nación.

Si analizamos los textos en que habla del comercio nos damos cuenta inmediatamente de que ensalza esta profesión. Asegura que el comercio y la cultura, no los títulos ni un pasado glorioso, son los motores de la nación, de su bienestar, como se puede desprender de esta frase que puede considerarse como una declaración de principios:

«La cultura e instrucción que por instantes va adquiriendo la Nobleza Española... destruye aquellas funestas impresiones que la preocupación y costumbre ha grabado en el corazón, por lo concerniente al comercio, cuyas ventajas para el Estado voy a probar.» (1)

Se trata, pues, de buscar nuevos valores y un nuevo concepto de la nobleza, que no queda empañada por la práctica de un comercio que aporta bienestar público. La nobleza se granjeará la «benevolencia, el respeto y la atención del público..., aceptando ejercer cualquier profesión que mire las glorias, poder, lustre y felicidades del Monarca...» (2).

Las ventajas tanto económicas como humanas y culturales que se derivan del comercio son claras.

«En el comercio es donde se verifican prodigiosamente todas estas cualidades, pues aumenta la población, destierra la ociosidad, suaviza las costumbres, mitiga los trabajos inseparables de la humanidad y demana la opulencia, o por mejor decir, el manantial de las prosperidades.» (3)

(1) VALENTIN DE FORONDA. *Miscelanea o colección de varios discursos en que se trata de los asuntos siguientes: 1.º de lo honrosa que es la profesión del comercio.* Madrid, 1793. Ed. M. González, p. 3.

(2) *Ibid.*, p. 3.

(3) *Ibid.*, p. 4.

El comercio ha sido la base de la grandeza de nuevos y viejos reinos, que se han enriquecido del tráfico del comercio, como se puede apreciar en los siguientes textos:

«Esta deidad hace milagros: Donde hay grande comercio hay grande opulencia, donde hay muchas riquezas hay grande población, pues la insaciable sed que tenemos todos de este metal atrae a los hombres de los países más remotos para fixarlos en los que más circula: y es innegable que cuanto más tráfico hay en un reyno tanto mayores son los tesoros que de él fluyen.» (4)

«..un gran Estado será pobre e infeliz mientras no tenga un gran tráfico. Con él salieron de la nada y florecieron Venecia, Francia, Holanda e Inglaterra, con especialidad estos dos últimos Estados. ¡Qué opulencia no han adquirido en un abrir y cerrar de ojos! ¡Qué superioridad no han logrado sobre el resto de Europa desde que acariciaron el Comercio!» (5)

Foronda, que ha viajado por Europa y conoce la realidad de las naciones más prósperas, aprecia que el mar ha sido el elemento fundamental, el camino normal de la riqueza de los pueblos: antes fue Venecia, después España, actualmente la política mercantil más concienzuda y clara se da en Inglaterra, dueña de los mares:

«En la Inglaterra emplea la Reyna Isabel todos los instantes de su Reynado en aumentar este resorte del Estado y así anima a sus vasallos a que vayan a buscar las ballenas a los mares de Laponia, las peleterías de Arcángel, el marfil a las costas de Africa, los metales preciosos a México y Perú. Las colonias americanas que en el día ya son una nueva potencia, desde que lo declaró en Francia y salió garante de quien se atreviera a perturbar su independencia.» (6)

España tuvo su época áurea, pero la mala administración y una política muy poco realista y previsora le llevó a perderlo casi todo. Actualmente las cosas han cambiado, pues los Borbones, ilustrados, han cambiado de política:

«Estos monarcas se han esmerado en fomentar la agricultura, el comercio, las artes y las ciencias. Qué impulso tan riguroso no han comunicado a la industria los decretos prohibitivos de la introducción de un sinnúmero de manufacturas, que hacían salir del Reyno a borbotones los ricos metales del Nuevo Mundo!» (7)

Se trata, pues, de uno de los principios básicos considerados por la Ilustración como solución por la que se tiene que pasar para alcanzar la felicidad, pero una cosa es la teoría y otra la práctica, por lo que mucho debió costar a Foronda predicar estas doctrinas novedosas. La gente era reacia a las novedades, como hemos visto,

(4) Ibid. p. 7.

(5) Ibid. p. 12.

(6) Ibid. p. 13.

(7) Ibid. p. 15.

pero esta postura se tornaba tanto más conservadora cuanto que ponía en juego sus fortunas y había muy poca gente dispuesta a apostar tan alto, aunque las proposiciones ilustradas son prometedoras.

Son otros los valores que se cotizan dentro de la nobleza española, anclada en los derechos marcados por glorias militares de los antepasados y recelosos ante cualquier cambio.

Las innovaciones encuentran oposición entre los mismos amigos que se confiesan amigos de las nuevas ideas, concededores de las nuevas doctrinas: una de sus mayores decepciones debió de producirse en su misma tierra, entre la gente que colabora en el Seminario de Vergara. Estos miedos llevan a Foronda a una ruptura con este ambiente ilustrado vasco, que no es consecuente con su postura.

Si inicialmente la Real Sociedad Vascongada había pretendido cambiar la sociedad vasca ayudando a imponer distintas estructuras productivas, este intento fracasa, quedando en un ensayo pedagógico, que tomará forma en el grupo que se reúne fundamentalmente en Vergara.

Foronda había intentado atraer los capitales de esta aristocracia vasca hacia la Banca y el Comercio, pero no tuvo éxito o el terreno no estaba preparado, o los riesgos de perderse en el camino debían ser evidentes.

Si el humanismo y la felicidad son preocupaciones constantes en el pensamiento de Foronda, el camino más seguro para conseguir estas metas es el comercio, aunque a veces tenga ideas muy peregrinas.

Considera que «no es la riqueza la que provoca la caída de las naciones, sino el Despotismo», y está seguro de que «el tráfico aumenta el humanismo», llegando a decir que si los hunos o los godos hubiesen conocido el arte del comercio no se hubieran visto empujados a la guerra y a las invasiones.

Con la riqueza y la suavización de las costumbres, que evitan «la ferocidad de los pueblos cerrados en sí mismos», se desprende otra de sus consecuencias, tan de moda en Europa y querida para nuestro autor: «Donde hay un gran comercio hay grandes riquezas, se erigen hospitales, casas de Misericordia y todos los demás alivios que pueden apetecer los infieles.» (8)

El conocimiento que lleva la práctica del comercio puede mejorar no sólo la vida, sino la salud de los ciudadanos, y así habla de un remedio que debió considerar fundamental, «... el palo santo y la zarzaparrilla para aquella enfermedad terrible que tiene origen en nuestra debilidad y ha hecho más estragos que la artillería» (9).

Aparte las consecuencias humanitarias y de bienestar moral, es, sobre todo, el bienestar económico el que se consigue a través del comercio, que es el camino más correcto para el equilibrio de los productos y de las necesidades:

(8) Ibid. p. 26.

(9) Ibid. p. 28.

«El comercio nos trae lo necesario y lleva, en cambio, lo supérfluo. Hace florecer fábricas y así da ocupación a muchas familias, que faltándoles este recurso se mantendrían en la inacción y no harían sino aumentar aquel tropel confuso de vagos que importa la Península.» (10)

Tras las consideraciones generales referentes a la situación de las naciones ricas europeas y de las consecuencias que para la humanidad se derivan de la práctica del comercio, por fin entra en la consideración de su propia nación, de la que afirma que «el labrador y el artesano jamás trabajan más que lo necesario si una extracción de sus frutos y labores no les recompensa superabundantemente sus fatigas», así dirá que:

«El comercio derrama los tesoros de un País estéril, mientras que otro fuerte y abundante se halla anegado en la miseria. La República de Holanda y las tierras de Campos y Andalucía pueden servir de exemplo a este contraste. De qué sirven a España tan dilatados Países y Minas tan copiosas, si con todas estas ventajas es más pobre que otros países que carecen de semejantes socorros y se mantienen del comercio?» (11)

La consideración que dispensa a la actividad comercial es amplia como vemos y sus ventajas son básicas en el bienestar de la Nación y afirma que es «columna de los Estados e instrumento de la felicidad pública»... y promete que:

«Los Mayorazgos conseguirán con el apoyo del comercio su conservación, el aumento de sus posesiones y mejoración de sus tierras..., la seguridad de sus privilegios, la educación y establecimiento de sus hijos, para cuyos objetos es menester dinero, y éste sólo se saca del comercio: por él se cuentan en Inglaterra más de 6.000 sugetos que gozan de una renta de más de quarenta mil reales...» (12)

Foronda se pregunta: «¿Será acaso más glorioso tener un gran número de criados que una fábrica en que se proporciona ganar el alimento a cien familias?» (13) La verdad es que se encuentra con que la mayoría de la gente de su clase no tiene confianza en el comercio, que no les parece seguro y, aparte de una minoría, los demás lo miran «con un anteojo verde».

El segundo apartado de la «Miscelánea», de donde seguimos leyendo párrafos tan definidores del pensamiento de nuestro autor, trata «Sobre la Nueva Compañía de Indias Orientales», que tienen por finalidad buscar nuevos argumentos probativos de la bondad del comercio; tal es su concepto de esta actividad que antepone claramente la práctica del comercio a la de sus títulos nobiliarios: «Soy accionista de la Compañía de Caracas, soy Eapañol, y estos dos títulos me empeñan a decir alguna cosa sobre el importante objeto de la nueva Compañía» (14). A esta

(10) Ibid. p. 30.

(11) Ibid. p. 31.

(12) Ibid. p. 33.

(13) Ibid. p. 34.

(14) Ibid. p. 35.

introducción seguirá su declaración de fe inquebrantable en esta nueva deidad y no le importa que la situación de las anteriores Compañías esté naufragando: sigue terco en la creencia de que es el camino más digno. La Compañía de Caracas está a punto de desaparecer y ahora se centrará sobre la de la Habana. Su fe es tal que sigue considerando que sus proyectos serán necesariamente buenos y beneficiosos, y quiere engatusar a posibles inversores hablando de las ventajas del clima, situación, productos, puertos, salud, etc., de esas islas afortunadas con las que intenta abrir redes comerciales en condiciones, asegura, inmejorables.

En la misma obra vuelve a la carga sobre lo beneficioso del comercio, al que considera la panacea de todos los males:

«Ya nadie duda que el comercio es alma de la agricultura, vida de las artes, mantenimiento de la población, apoyo de la marina y nervio del Estado, ya nadie duda que el tráfico es la cadena que todo lo une, una fuente que todo lo fecunda, pues si falta, luego se bambolea el Estado, flaquean sus resortes.» (15)

En su afán de proselitismo, convencido de que el empeño es cosa de más gente que tome su misma actitud, en esta misma obra anima a sus amigos a entrar en el negocio:

«Entreguémonos sin temor y estas deliciosas esperanzas..., aunque algunos espíritus téticos.. baticinarán los sucesos más melancólicos... trayéndoles a la memoria los catástrofes de las Compañías de la Habana, Burgos, S. Fernando y Barcelona... no es extraño que nos hagan tanta impresión las voces de aquellos espíritus lóbregos que miran con horror todo proyecto nuevo.» (16)

Su intención es que España no dependa de los artículos importados, y para ello debe evitar la importación de lienzos franceses, holandeses, etc., y, además, pasar a la ofensiva: nada menos que inundar la Península de productos asiáticos, de los que hace una relación.

- 1) «Que esta Compañía reúne el Comercio de la América y el de Asia, y que, por consiguiente, después de enriquecernos con lo que vendamos en el Perú, pasaremos cargados de plata a las Indias Orientales, donde haremos cambios ventajosos.»
- 2) «Que hay mucha plata en España, muy apreciada en Oriente.»
- 3) «Que nuestras Islas proveen muchos artículos nuestros para hacer la negociación de India en India y son tabaco, cera..., perlas, azúcar, añil y abundancia de arroz.»

(15) VALENTIN DE FORONDA, *Miscelanea...*, De la utilidad de la Compañía de Filipinas, op. cit. p. 15.

(16) Ibid. p. 17.

- 4) «Filipinas: centro de multitud de reinos.»
(puntos del 5 al 8, de menos importancia).
- 9) «Que los ingleses, holandeses, etc., están expuestos cada instante a las invasiones de los Príncipes vecinos...»
- 10) «Que dentro de pocos años podremos recoger abundantemente en nuestras propias posesiones la canela, la nuez moscada, el clavillo y todas las demás especerías...» (17).

Estos nuevos datos le hacen soñar y cree poder subsanar antiguos fallos, pues tras esta enumeración asegura que conoce el motivo del fracaso de otras compañías y está convencido de que ésta no puede fracasar: la experiencia le lleva a formular un programa que le parece infalible.

Foronda se exalta ante la perspectiva de este negocio que no tiene pérdida, y pasa a cantar de nuevo las excelencias del Comercio, a la que llama «encantadora deidad», y su plan llega a sugerirle un mundo nada menos que de «comerciantes-filósofos», preocupados de la salud pública, que en este caso llevarán a labrar la felicidad de España y de Asia... y así los españoles serán ejemplos vivos de moderación y sensibilidad ante toda Europa...

Ante este tipo de doctrinas y sueños humanitarios, uno no puede menos de sorprenderse del carácter utópico, pero firmemente sostenido, de la doctrinas de Foronda. Está dispuesto a promover nada menos que un comercio mundial que podría denominarse la «república de comerciantes-filósofos», y en este programa empeña su seguridad personal y la seguridad de su fortuna.

No habla de esta actividad como de algo frío y material, como una condición más a cumplir para conseguir el bienestar: lo considera como algo vivo, como una solución mágica y cálida, destinada por sí misma a borrar los problemas de los pueblos y de los gobiernos.

Los términos elogiosos nunca son fruto del cálculo, sino de una pasión que le obsesiona y que no le permite acallar sus fogosos sentimientos y se considera con la necesidad moral de engatusar a los posibles inversionistas, poniendo su empeño en demostrar las ventajas que de la actividad del comercio se pueden obtener.

Pero no vayamos a pensar en ventajas económicas, en el sentido de aumentar el capital. Foronda tiene una visión mucho más idílica de lo que se puede conseguir a través de un intercambio entre las diversas naciones, pues trata de convencer de que esta práctica dulcifica las costumbres y humaniza las relaciones entre las naciones; el modelo que propone es auténticamente «filosófico».

Las ventajas que traen los diversos productos de todos los lugares del mundo, más que ganancias y dividendos materiales, proporcionan lo que en términos modernos podemos llamar como «calidad de vida», ventajas exquisitas, valores insólitos.

(17) Ibid. p. 22-23.

No podemos extrañarnos de que Foronda considere a sus conciudadanos y comerciantes de Vitoria como gente cerrada y anodina, incapaz de hacer valer el dinero para una función más humana que la del mero ahorro: la distancia entre la vida de estos señores y la soñada por nuestro filósofo resulta abismal.

Se nos asemeja que Foronda pone toda su vida y toda su hacienda para buscar, para sí mismo y para los demás, este modelo de vida y bienestar, lo que tantas veces él mismo llama la felicidad.

También en otra obra habla de las ventajas de la libertad de comercio. Se trata de una de las cartas, fechada en Vergara, agosto 3 de 1788, en que trata de los «Asuntos más exquisitos de la Economía Política», 1.º volumen.

El contexto en que se incluyen estas ideas es el de la Política Económica, y las motivaciones aparecen menos diáfanas y las razones no son tan contundentes.

En esta obra analiza diversos aspectos de la Política Económica que funcionan en las naciones adelantadas de Europa, como el caso de las importaciones y exportaciones: uno de los motivos analizados es la prohibición existente en Inglaterra y Francia de extraer ciertas materias primas.

«No me alague Vmd. ahora que la Inglaterra, la Francia, aquellas naciones ilustradas, prohíben la salida de las materias primas con el objeto de favorecer sus fábricas; y que prohíben la salida de los granos siempre que llega a cierto precio., es cierto que estas naciones son muy sabias..., pero también es constante que hacen muchísimas (cosas) malas.» (18).

Por lo visto, las medidas restrictivas de estas naciones pueden tener sus fallos. Podemos admirar aquí su independencia de criterio, pero hay que admitir que no siempre es nuestro autor consecuente con sus ideas, como cuando es favorable «accidentalmente y como medida temporal» a los monopolios de las Compañías Comerciales, para que éstas puedan resarcirse de los gastos en que se han metido para empezar a funcionar.

Excusa los fallos de las grandes naciones europeas afirmando que «el mundo está aún en la infancia en materias de gobierno» (19) y todavía tienen que cambiar su doctrina económica, por lo que en estas cartas económico-políticas se muestra del mismo modo idealista y soñador. Tiene tan ciega fe en el poder del comercio que para demostrarlo estaría dispuesto a regalar toda la plata del mundo a una sola nación: la «plata en sí» nada vale, es sólo un signo, y piensa que son los ciegos y codiciosos políticos los que le atribuyen arbitrariamente un valor, sin hacer más distinciones. «Os doy toda la cantidad de plata que circule entre las naciones con quienes comerciais..., habeis perdido tantos consumidores extranjeros como los que habeis arruinado...» (20).

(18) VALENTIN DE FORONDA. *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política*, Madrid, 1794, Ed. M. González (2 vol.) 1.º vol., p. 113.

(19) *Ibid.* p. 132.

(20) *Ibid.* p. 136.

En la obra antes vista de «Cartas de Mr. de Fer» aparece el análisis sobre el País Vasco muy centrado sobre el comercio. En Guipúzcoa encuentra que la industria está abandonada: «Ponen en recompensa los guipuzcoanos el talento traficante y consiguen que vengan a los almacenes de San Sebastián y Tolosa un gran número de Españoles a comprar los géneros, con que inundan a la Península las Naciones comerciantes.» (21).

San Sebastián debía ser, pues, gran centro comercial, pero no sólo a nivel regional: quizá comparados en las Compañías Comerciales, a través de las cuales entran en la Península cantidad de productos americanos.

El espíritu de los comerciantes vitorianos es más pobre y menos abierto. Es verdad que existe en Vitoria un gran tráfico, pero «estos comerciantes no piensan sino en amontonar unos metales, que a verdad sólo sirven quando se pierden» (22).

Aquí tenemos explicada parte de la «filosofía comercial» de Foronda: los metales, los dineros, de nada sirve amontonarlos: hay que incluirlos en el tráfico, hay que moverlos y sólo entonces, cuando se pierden, sirven verdaderamente. Su propia experiencia salía garante de esta postura.

La práctica del comercio es un humanismo, es una salida elegante aunque se llegue a perder dinero de momento, como es su caso. Por ello, casi y continuación, se mete con estos espíritus mezquinos.

«De esta cicateria, a quien los espíritus baxos, los aduladores, le darán el nombre de decoro de frugalidad, resulta un buen efecto, y es el que no se lee en el Diccionario de los Alabeses el nombre de quiebra; pues no han tenido necesidad hasta ahora de inventar voz para expresar esta parte del Comercio.» (23)

Una crítica muy parecida es la que prodiga a los navarros, pues aunque admite que «El comercio que se hace en Pamplona, es bastante dilatado para no ser puerto de Mar», (24) y trafica sobre todo con lanas, sin embargo queda dolido del desprecio hacia el comercio.

«La profesión del Comercio, este resorte tan decisivo, y esencial para la prosperidad de los Estados, se mira con menosprecio; de donde resulta que aquellas Casas que han hecho cierta fortuna, en vez de continuar un profesión tan honrosa, abandonan el tráfico por contarse en la clase de estos Mayorazgos, encaprichados de su Nobleza, y de la posesión de un montón de pergaminos viejos que no sirven sino para alimentar el orgullo de los hombres, y hacerlos insociables.» (25)

(21) VALENTIN DE FORONDA. *Cartas escritas por Mr. de Fer al autor del Correo de Europa, en el que le da las noticias de lo que ha observado en España*, en Burdeos, en casa de Luis Boudrie, 1783, p. 16.

(22) *Ibid.* p. 39.

(23) *Ibid.* p. 39.

(24) *Ibid.* p. 96.

(25) *Ibid.* p. 96.

De nuevo aparece el comercio como talismán milagroso que actúa de base para la sociabilidad, humanidad y convivencia: el que no se dé cuenta de esta realidad supone espíritus mezquinos y cerrados, opuestos a las líneas y luces de los tiempos que corren...

Cuando pasa a Vizcaya se le ensancha el corazón viendo la hermosa realidad de Bilbao. Los caballeros de las provincias mantienen relaciones muy humanas con los labradores, el espíritu es más abierto y alegre que en Alava, las diversiones ejemplares, la inoculación de las viruelas, introducida a impulso de la Sociedad Bascongada, pone freno a la anterior carnicería, los ferrones cuentan con el concurso de los profesores del Real Seminario...

«El Comercio, esta base en que se sostienen los Reynos y descansa toda la felicidad pública, es un objeto de las primeras atenciones de los Vizcaynos. Vilbao es un Puerto donde se encuentran embarcaciones de todas las Naciones Europeas, con las cuales hacen un comercio inmenso, pero especialmente con la Iglesia. La mayor parte del bacallao que se come en España viene a almacenarse a este Puerto. Las banquirrotas han sido muy freqüentes en él.» (26).

De nuevo la necesidad del Comercio y el riesgo que conlleva este juego humano y necesario: Bilbao le parece admirable porque... tiene «freqüentes banquirrotas», mientras que los comerciantes vitorianos le parecen mezquinos, porque en su juego, mezquino y cerrado, no se conocen estas bancarrotas.

El genio y empuje de los bilbainos deja admirado a Foronda: no sólo «entre los Comerciantes se cuentan gran número de Casas poderosas. El tráfico se ejerce con todo aquel decoro y nobleza que merece una profesión tan distinguida», sino que han sido capaces de desafiar a la propia naturaleza, difícil en general en Vizcaya, pero sobre manera hostil en el paso a Castilla por Orduña, dificultad que no arredra a los comerciantes bilbainos: «Una de las cosas..., han vencido el imposible». De nuevo aparece el espíritu arrojado, romántico de nuestro autor: tratándose del Comercio, la superación de las dificultades ejerce sobre él tanto mayor en cuanto mayores sean éstas.

Tras alabar a guipuzcoanos y vizcaínos por su espíritu abierto al comercio y a la aventura que ello comporta y después de afejar la mezquindad de los propios compatriotas del escritor, los vitorianos, los cuales guardan sus dineros y no los exponen al intercambio o tráfico, como se llamaba comúnmente al comercio, arremete también contra los navarros, que sólo ven el comercio como medio para hacer dinero, con el que consiguen pergaminos y títulos de nobleza, objetivos muy poco acordes con los tiempos modernos, al entender de nuestro autor.

«El comercio que se hace en Pamplona es bastante dilatado para no ser Puerto de mar. Uno de los tráficoes que hacen muchas cosas poderosas de este Reyno es la negociación de lanas.

(26) Ibid. p. 67.

La profesión del Comercio, este resorte tan decisivo y esencial para la prosperidad de los Estados, se mira con menosprecio; de donde resulta que aquellas Casas que han hecho cierta fortuna, en vez de continuar una profesión tan honrosa, abandonan el tráfico por contarse en la clase de estos Mayorazgos, encaprichados en su Nobleza, y de la posesión de un montón de pergaminos viejos, que no sirven sino para alimentar el orgullo de los hombres y hacerlos insociables.» (27).

En el artículo de la Miscelánea que habla del comercio hay una diatriba contra la nobleza clásica y cerrada.

«Ya en el día se cuentan muchos D. Quixote que, contemplando el valor de la nobleza adherido a unos pergaminos viejos, cuatro casas derruidas, desprecian a todos los demás ejercicios por ilustres y fructuosos que sean. Estos fantasmones de que abunda la nobleza de este Reyno, oprobio de la Nación e indignos descendientes de los ilustres progenitores de que tanto aclaman, creen incompatible con su orgullo todo lo que no sea empeñar una espada o vestirse una toga. Pues sepan que estas profesiones son gloriosas no por otro título que porque aquella sirve intrépidamente a la Nación.» (28).

Y continúa:

«Sí, señores, ya en el día no hay sujeto dotado de luces, juicio y conocimiento de lo que interesa a los reynos que no confiese esta verdad, pudiéndonos aun prometer de la cultura e instrucción que por instantes va adquiriendo la Nobleza española... destruya aquellas funestas impresiones que la preocupación y costumbre ha grabado en el corazón, por lo concerniente al comercio, cuyas ventajas para el Estado voy a probar. Las glorias, poder, lustre y felicidades del Monarca son el primer requisito que debe concurrir en cualquiera profesión para captarse la benevolencia, el respeto y la atención del público, que es en lo que se cifra la nobleza.» (29).

Y les ofrece una solución, el camino por el que el mismo Foronda optó, aunque tuvo mala suerte.

«Los Mayorazgos conseguirán con el apoyo del comercio su conservación, el aumento de sus posesiones y mejoración de sus tierras..., la seguridad de sus privilegios, la educación y establecimiento de sus hijos, para cuyos objetos es menester dinero, y éste sólo se saca del comercio: por él se cuentan en Inglaterra más de 6.000 sujetos que gozan una renta de más de quarenta mil reales...» (30).

Pero cuando no toman este camino, su crítica es feroz:

«...y preguntaré entre tanto a los finchados señores si una profesión, lazo y vida de los Reynos civilizados, columna de los Estados e instrumento de la felicidad pública, dexará de ser nobilísima cuando logran esta preeminencia varios zánganos de la República, sin más

(27) Ibid. p. 5-6.

(28) VALENTIN DE FORONDA. *Sobre.. la pofesión del comercio...* op. cit. p. 2.

(29) Ibid. p. 3.

(30) Ibid. p. 30.

talentos ni recomendaciones que saber montar un caballo, manejar un coche, jugar con destreza, y que pasan el tiempo del modo...» (31).

«Será, acaso, más glorioso tener un gran número de criados que una fábrica en que proporcione ganar el alimento a cien familias?» (32).

Está convencido de que los que están a favor del comercio son los menos.

«Convengamos en que a excepción de los individuos de esta ilustre sociedad y algunos otros de un juicio muy sensato, miran al comercio todos los demás nobles con un anteojo verde...» (33).

Pero también siente conmiseración de la condición humana, de buena parte de la nobleza que sufre la pobreza y a la vez la necesidad de disimularla.

«¿A cuántas gentes poco favorecidas de la fortuna les conviene pasar por ricas o, a lo menos, esconder su medianía? ¿Cuántos Magistrados, oficiales, caballeros y gentes que han nacido con obligaciones se privan de lo necesario para manifestar en el exterior que se hallan en disposición de mantener el boato de su oficio, de su familia y de su educación! ¡Cuántos negociantes, cuyo capital está casi enteramente extinguido por pérdidas secretas, conservan el tono y el exterior de su antigua opulencia, a fin de mantener su crédito, el único recurso que les queda para restablecer sus negocios!» (34).

La Nobleza aparece, en su postura clásica, como un obstáculo para los planes de Foronda. Su intransigencia, su miedo al cambio, son frenos contra lo que trata de luchar continuamente y en el País Vasco el concepto de nobleza viene de alguna manera mezclado con el de Fueros, santuario intocable de los vascos, que tienen para sus leyes una devoción de algún modo irracional.

Al fin y al cabo, los vascos son, en general, bastante positivos, en el sentido de que esta nobleza de origen no es un obstáculo para la práctica del comercio, cosa que sí ocurre entre los castellanos.

¿Qué podemos deducir de todos estos principios, estas ideas, estas continuas insinuaciones de nuestro autor?

Pensamos que su postura es clara y contundente: si se quiere avanzar, el género humano deberá cambiar de perspectivas y los que deben dar ejemplo práctico son los que han recibido las doctrinas modernas. Pero se deben abandonar la mezquindad y cicatería que todavía ocupan buena parte de los ánimos de la nobleza.

(31) Ibid. p. 33-34.

(32) Ibid. p. 34.

(33) Ibid. p. 38.

(34) VALENTIN DE FORONDA. *Cartas.. sobre Economía Política.*

Más que un cambio de dirección de los capitales, que es, sin embargo, imprescindible, se trata de una «conversión filosófica», de un modo nuevo de ver la vida y el mundo de los negocios.

Se trata de un gusto por la aventura, una apuesta con la vida: las dificultades superadas son el mayor premio; la satisfacción de una misión humanitaria cumplida debe ser la base de la acción.

Foronda defiende el comercio en toda ocasión, y qué mejor oportunidad para defender su postura que ante las Juntas Generales de Bilbao de 1778, donde dice:

«Señores: Si la nobleza de las profesiones se debe medir por las utilidades que de su ejercicio resultan al Rey, a la Humanidad y a la Patria, ¿quién será tan alucinado que se niegue a tributar los primeros respetos al comercio, que, según el Chanciller Bacón, es la sangre que vivifica todos los miembros de un Estado? ¿Quién tan necio que no conceda los más altos honores a este resorte que comunica el mas vigoroso impulso a la felicidad de los Reinos? ¿Y quién tan orgulloso *que* lo califique de indecoroso e indigno de los primeros hombres?. A los ojos de la razón parece que ninguno, pero, por desgracia de España, se cuentan muchos Quijotes en su recinto que, contemplando el valor de la nobleza adherido a unos pergaminos viejos o a cuatro casas derruidas, desprecian todos los demás ejercicios por ilustres y fructuosos que sean. Estos fantasmones, oprobio de la Nación e indignos descendientes de los ilustres progenitores de que tanto blasonan, creen incompatible con su orgullo todo lo que no sea empuñar una espada o vestirse una toga, y se olvidan de que estas profesiones son gloriosas no por otro título que porque aquélla sirve intrépidamente a la Nación cuando conspiran los enemigos a oprimir nuestra libertad y ésta porque cuida de hacernos justicia en nuestras quejas al mismo tiempo que conserva el vigor de las leyes, alma de la tranquilidad: con que si éstas son nobilísimas por los beneficios que producen al reino, no debe ser menos honrosa, atendida y estimable la del comercio, influyendo tanto sobre el incremento de la prosperidad de un Estado como la rueda catalina de un reloj para que adquiera movimiento.» (35).

El pensamiento de Foronda sobre el comercio define de alguna manera su personalidad. Podemos decir que sus escritos referentes al comercio son muestra suficiente y significativa para ver el fondo de su pensamiento y de su talante.

Estas líneas han sido escritas con la intención de introducirnos a la obra de Foronda precisamente a través de su pensamiento sobre el Comercio, como característica que le define como auténtico hombre de su tiempo.

(35) VALENTIN DE FORONDA. *Cartas de Mr. de Fer*, op. cit. p. 1.